

...Y les lavó los pies

Una antropología según el Evangelio



RAMON PRAT I PONS

Editorial
MILENIO

...Y LES LAVÓ LOS PIES

Una antropología según el Evangelio

Ramon Prat i Pons

Prólogo-introducción de Josep M. Rovira Bellosó

Título de la edición original:

Rentar els peus. Diàlegs interiors postconciliars

© Pagès Editors, 1996

Traducción de José Luis Naranjo

© Ramon Prat i Pons

© de la traducción: José Luis Naranjo

© de esta edición: Editorial Milenio, 2009

Sant Salvador, 8 - 25005 Lleida (España)

www.edmilenio.com

editorial@edmilenio.com

Primera edición digital: noviembre de 2009

Esta edición corresponde a los contenidos de la primera edición en formato papel,

de septiembre de 1997

ISBN: 978-84-9743-325-9

*En memoria de José Velicia, promotor del diálogo
entre fe y cultura, especialmente
a través de las exposiciones «Las edades del hombre».*

*«Después que les lavó los pies y tomó su manto,
volvió a la mesa y les dijo:
¿Comprendéis lo que he hecho con vosotros?
Vosotros me llamáis el Maestro y el Señor,
y decís bien, porque lo soy.
Pues si yo, el Señor y el Maestro, os he lavado los pies,
también vosotros debéis lavaros los pies
unos a otros»*

(Evangelio de San Juan 13, 12-14)

Índice

Prólogo-Introducción

Diálogo interior

Hacia un pacto de humanidad: ...Y les lavó los pies

La parábola del amigo

Los hechos

La valoración

La parábola

Una experiencia de efectos retardados

La dinámica vivida

Los retos y los desafíos planteados

Retos socioculturales

Retos psicoafectivos

Retos evangélicos

Un balance provisional muy positivo

Persona única, irrepetible y autónoma

Mirar más lejos

La situación vivida

Crítica de la situación

Algunas de las barreras que hace falta derribar

...Y les lavó los pies

Una mirada atrás

La nueva tierra prometida

La madurez interna e interpersonal

Viejo cristianismo

La fuente de agua viva

La renovación cristiana

El diálogo vecindad-comunidad cristiana

Mecanismos de poder o un espacio para vivir

Tipologías de poder

Las luchas de poder

Criterios ante el poder

La autoridad o ser autor de vida

Una autonomía para amar

La edad del espíritu

Situación de la religión y de la religiosidad en el mundo

Los caminos de cooperación entre las grandes religiones

Evitar la manipulación de los poderes establecidos

Cooperación en el desarrollo, la justicia y la paz

Dar testimonio de la búsqueda y de la experiencia de Dios

Cuerpo. Afectividad. Espiritualidad

Un nuevo modelo

La unidad interna

Ciencias empíricas. Reflexión filosófica. Contemplación religiosa

La resurrección, respuesta al enigma de la persona humana

Sugerencias para seguir caminando

La mujer y el hombre

Una constatación dolorosa

La culpabilidad negativa

La culpabilidad positiva o reparadora

El sueño de la cooperación

Donde hay amor, allí está Dios

La renovación religiosa

¿Etapa residual?

Claves para una nueva Iglesia

La atención y el servicio a la persona humana concreta y a sus problemas

La fidelidad a la fe

Fidelidad a la comunidad eclesial

Búsqueda de la calidad espiritual

Sentido de proceso

Actitudes comunitarias eclesiales

Una actitud realista y encarnada en el mundo

Una actitud sufriente ante el dolor del mundo

Una actitud pascual que dé testimonio de la esperanza

Una actitud mística que irradie la serenidad de la alegría

Sociedad e Iglesia

La autodefinición del Concilio Tarraconense

El cristiano en la sociedad de hoy

Conocer la realidad

La lectura creyente de la realidad

Participar en la transformación de la realidad

Dar testimonio de los valores típicamente evangélicos

El anuncio explícito de Cristo

La acogida cordial

Un pobre que le dice a otro pobre: «Allí dan de comer»

Sugerencias

«Barrer delante de casa»

Conciencia social y política

Comunión eclesial

Algunas prioridades

Capacidad de sorpresa: admiración e indignación

De los tópicos y de los prejuicios a la sinceridad

De las luchas de poder a la vivencia de la propia originalidad

De la separación a buscar la unión

Del pesimismo a la esperanza

La reconstrucción del mapa interior de la persona

El decálogo de ...Y les lavó los pies

Formulemos diez tesis

1. La unidad interior personal

2. Eliminar barreras

3. La reconciliación interna eclesial

4. Anuncio responsable y gozoso del Evangelio

5. Volverse sirvientes

6. «Barrer delante de casa»

7. Hacia un pacto de humanidad

8. Diálogo interreligioso

9. Vale la pena ser cristiano

10. Orar y trabajar

Lecturas que pueden ayudar a comprender la opción de «lavar los pies»

Doctrina de la Iglesia Católica:

Prólogo-Introducción

Si he visto más lejos ha sido subido a hombros de gigantes

Isaac Newton

En este prólogo intentaré explicar globalmente qué es el libro: su género literario y sus contenidos con sus respectivas entonaciones. Se trata, bien mirado —y me lo he mirado bien—, de una antropología teológica, realizada a propósito del reciente Concilio Tarraconense. Son unos soliloquios y diálogos en voz alta sobre el sentido de la vida humana y, en concreto, sobre la vida de la fe como el gran hallazgo del sentido más insondable de la existencia. Aparece, nuevamente, el objetivo pastoral de Ramon Prat: «El mundo contemporáneo está esperando a alguien que le dé estas razones vitales para seguir esperando y confiando que vale la pena vivir».

El libro ha brotado a propósito del concilio, pero no sobre el concilio. A pesar de que sin el concilio no lo tendríamos. Porque es la decantación de la experiencia personal y relacional de Ramon Prat a través de la aventura única de la celebración del Concilio Tarraconense. Prat ofrece esta experiencia, filtrada por la introspección, que va grabando el aprendizaje de la vida, y por el discernimiento evangélico, que equivale a la fe como luz. Todo aquello que Prat i Pons ha aprendido sobre el convivir humano y sobre sus dimensiones personales y comunitarias durante el año largo de preparación y celebración del concilio es lo que ahora trata de expresar en forma de reflexiones antropológicas, iluminadas por el tono de la buena noticia.

Porque el género literario de *...Y les lavó los pies* no es exactamente el de un tratado de antropología teológica. Todo el libro tiene un tono específico original: un acento que se encuentra entre la profecía y la parénesis. El diccionario describe la parénesis con una sola palabra: «exhortación». Está claro que Ramon Prat exhorta y, por lo tanto, su discurso suena a veces como un discurso contundente. Pero, ciertamente, esta exhortación es una profecía, porque Prat sabe —a la manera de un profeta del Nuevo Testamento— que la conversión, el Reino de Dios, la reconciliación, la comunión, etc. no son simples anhelos subjetivos, sumados a una exhortación añadida que desea llevarlos a cabo, sino verdaderas promesas de Dios que, en medio de la prosa de la vida, se llegan a consumir. Lo intentaré explicar con más claridad y profundidad, pero lo haré dando un pequeño rodeo.

En muchos momentos de la lectura de *...Y les lavó los pies* he pensado en el que fue precisamente profesor de antropología de la Universidad Gregoriana de Roma, el teólogo Juan B. Alfaro. Toda su obra estuvo dirigida, en los difíciles años sesenta y setenta, a la búsqueda del sentido, lo que implicaba la identificación de este sentido último con la gracia de Dios. Puede ser que Ramon Prat i Pons, a través de Juan Alfaro, haya quedado impactado por la herida luminosa, siempre abierta, que es el afán no solamente de buscar sino de encontrar el sentido del vivir humano. Quien intentase leer *...Y les lavó los pies* olvidando que busca el sentido del vivir a la luz de Cristo, redescubierto en el Concilio Tarraconense por los que participaron en el mismo y, en cambio, buscarse en el libro de Prat una especie de comentario eclesiológico de urgencia o una crónica conciliar, aunque fuese de gran altura, quedaría profundamente desconcertado.

¿*...Y les lavó los pies* es, por lo tanto, una vigorosa búsqueda de sentido? Sí. Su bello título es indiscutible para

el autor, porque es una referencia al Evangelio de Juan; expresa la actitud de fondo que todo el libro sugiere y, además, tiene agilidad y garra. A mí, todavía cautivo por la deformación profesoral, se me ocurrió: *La emancipación humana realizada desde el amor que Dios nos comunica*. Este largo título es decimonónico, pero muestra la tesis más profunda del libro: es verdad que la modernidad equivale a la emancipación total del hombre. Pero esta emancipación siempre es necesario hacerla desde una plataforma implícita o explícita: por ejemplo, desde la libertad y desde la ley moral, por decirlo de una manera que intenta evocar a Kant. Prat no se opondría a esta formulación, pero le buscaría su fundamento último: la emancipación se vuelve total cuando la persona humana aparece sostenida por la plataforma del amor, recibida de Dios como un don. Esta es la buena nueva que emerge como un canto de vida y de esperanza a lo largo de este diálogo interior postconciliar.

La antropología de tonos parenéticos de Prat tiende a la psicología. La prueba es que, cuando habla de un tema básico como es el de las barreras que dificultan o impiden la convivencia humana, no busca tanto las barreras estructurales —no analiza la estructura y la dinámica del capitalismo salvaje, por ejemplo— sino que busca antes que nada las actitudes antropológicas en su vertiente psicológica: por esto, las barreras principales son los prejuicios, la frialdad, el formalismo, el fariseísmo, el racionalismo... No olvida, no obstante, el afán de poder, el individualismo, el clasismo, la burocratización, la masificación y la xenofobia. Pero, inmediatamente, vuelve a la psicología, ya que el infantilismo, la arrogancia, el inmediatismo, etc., se alinean entre las barreras decisivas.

Es tan rico el contenido de la reflexión, que querría señalar, ahora, algunos puntos decisivos con los que se encontrará el lector. El prólogo intenta cumplir así una de

sus funciones, que es la de abrir paso al texto, ya que una introducción es buena si despierta el deseo de los platos principales.

En primer lugar, anotaré la *dimensión de futuro* como una cualidad que aparece estrechamente unida alrededor del eje vertebrador de toda la reflexión que es la persona humana. «¿Qué sabemos de la persona humana?», exclama Prat en el momento en que el libro emprende el vuelo. Ya queda dicho que la obra de Prat es una antropología según el Evangelio. Es una mirada a lo que es la persona, inteligente, libre, amante, consciente, interiorizada y capaz de recibir el amor que viene de lo alto. Prat estudia qué es la persona. Pero él también querría saber *qué ha de llegar a ser*. Es lo mismo que deseaba el gran investigador del corazón humano en Occidente, Agustín de Hipona. En este sentido, el mismo Prat confiesa que su talante es más utópico que trágico: no queda oprimido por las contradicciones de la vida sino que busca su resolución en el banco de pruebas de la actividad humana y de la confianza en Dios, es decir, en los elementos resolutivos que vienen de un futuro fecundado por las promesas de Dios. Esta es la razón para que la reflexión de Prat esté fundamentada en el futuro. En un futuro de esperanza, anunciado proféticamente como un don y exigido parenéticamente como tarea que vale la pena. Este es el tono del libro. Este talante lo dispondría mejor a encauzar «una campaña de higiene mental para desterrar los falsos problemas y las actitudes negativas», que a lamentarse de la oscuridad que hace difícil el camino.

Un segundo punto es el concepto de fe cristiana que tiene Ramon Prat. La fe no es una abertura vacía: tiene contenidos, pero son tan simples y transparentes como lo es el amor de Dios comunicado en Cristo, lo que permite a Prat construir un credo sencillo y transparente, tal y como es la buena noticia. Estoy totalmente de acuerdo con la

manera de concebir los contenidos de la fe de una forma totalmente transparente al Amor de Dios, Padre y Madre: Jesucristo no es un obstáculo, particularista e histórico en el camino de la humanidad hacia Dios, sino que, como observaba ya san Buenaventura en su *Itinerario de la mente hacia Dios*, Cristo es a la vez camino y puerta, es decir, espacio abierto a la libertad de los que de verdad buscan el Infinito.

Si quiero ser fiel a los contenidos principales del libro, he de hacer notar un tercer punto importantísimo: la solidaridad, que aparece entrelazada con el sentido de futuro, ya indicado. La reflexión de Prat se manifiesta alrededor de ejes conocidos, pero tratados con la originalidad y la viveza propias del autor. Son los ejes «personalistas» como, por ejemplo, las dimensiones de la persona —cuerpo, afectividad, espiritualidad—, el eje esencial de la conversión y el tema del hombre y de la mujer, por poner los temas más claros. Pero el humanismo de Prat se expande a otros temas de alcance social que dan lugar a una auténtica *antropología de la solidaridad*. En esta línea, y bajo la dirección de los criterios solidarios de la reconciliación y de la cooperación, aparecen el tema del poder, la propuesta de una gran reconciliación de grupos o tendencias en la Iglesia, tal como lo postula el Concilio Tarraconense, hasta llegar al punto candente de la cooperación de las religiones, principio que no hace olvidar a Prat la especificidad de la fe cristiana. Por lo tanto, si quiero evaluar su pensamiento —después de haber mostrado su tendencia a la psicología— he de afirmar que la psicología de Prat no es mera introspección, sino camino de solidaridad, de convivencia, de comunidad e, incluso, de comunión; sin que el subjetivismo nos lleve a quemar etapas y a imaginar que estamos en el nivel de la comunión cuando todavía no hemos llegado al nivel de lo que es justo.

Completaré mi evaluación enlazando el tema de la solidaridad con el del futuro: la utopía, para Ramon Prat, es la maduración de la conciencia. En concreto: la maduración de la conciencia adulta y solidaria. La búsqueda de solidaridad, vivida de cara al futuro de Dios, nos conduce a participar de la conciencia solidaria de Jesús, Cristo, cuando lavó los pies de los discípulos. La acción de «lavar los pies» muestra así el sentido supremo de la vida y ofrece salida a los problemas de desorientación personal, de perplejidad colectiva y de involución eclesial.

Siempre es bueno saber si el autor, una vez escrito el libro, lo puede resumir en forma de conclusiones claras: esto es exactamente lo que hace en el capítulo décimoquinto, una excelente conclusión parenética y profética que muestra claramente los propósitos del autor. En esta conclusión se postula el siguiente «decálogo de ...*Y les lavó los pies*»:

1. Es necesario alcanzar la unidad personal madura.
2. Es necesario eliminar las barreras que hacen difícil o imposible la comunicación.
3. Es necesario promover una gran reconciliación de grupos y de tendencias en el interior de la Iglesia.
4. Hemos de proclamar el anuncio gozoso y responsable del Evangelio de Jesucristo: evangelizar es anunciar explícitamente a Cristo y dar testimonio de su huella que sana.
5. El único lenguaje universal es el lenguaje del amor que nos lleva a servir a los pobres y marginados (nuevamente una nota fundamental

del concilio: el tema tercero).

6. Es necesario «barrer delante de casa» con el fin de que la ciudad brille.

7. Estamos llamados a un pacto de humanidad o de cooperación de

cara al futuro para reencontrar el clima de diálogo, de afecto y de

colaboración.

8. El diálogo interreligioso es un aspecto específico de este pacto global.

9. Nos hace falta la convicción de que vale la pena el compromiso con

la vida divina y solidaria y la confianza en la utopía que nadie más

que Dios puede hacer.

10. Esto se concreta en orar y trabajar, saliendo de uno mismo y yendo

del pesimismo a la esperanza.

Como todos los mandamientos que apuntan al corazón del hombre, todas las actitudes que aquí se postulan se incluyen en la auténtica conversión, ya que «la transformación del mundo pasa por la propia conversión».

Quiero acabar con una pequeña confesión: a todos los participantes en el Concilio Tarraconense nos quedaron marcadas las resoluciones preliminares. A Ramon Prat le ha pasado lo mismo. Por eso cuentan, entre las páginas más inspiradas, las que Prat dedica al tema de la lectura creyente de la realidad y a las relaciones entre Iglesia y sociedad, porque aparecen empapadas de aquel espíritu conciliar. Aquí no se habla del concilio ni a propósito del concilio. Simplemente es su música la que suena. La música que evoca una Iglesia que sigue a Cristo, al servicio de las personas, al servicio de los pobres, al servicio de la

fe, atenta a la realidad, presente en el mundo para reconciliar y curar... ¡Gracias, Ramón, por tu buen espíritu *convertido* según el espíritu del concilio!

JOSEP MARIA ROVIRA BELLOSO
Profesor emérito de la Facultad
de Teología de Catalunya

I. Diálogo interior

Hacia un pacto de humanidad: ...Y les lavó los pies

La vida en nuestro mundo contemporáneo es tan acelerada que los acontecimientos pasan sin que tengamos el tiempo suficiente para hacer una buena digestión. El resultado de esta aceleración es que no tenemos tiempo para desarrollar unos mecanismos que nos permitan experimentar las situaciones que vivimos, sedimentarlas y disfrutarlas. Al no sedimentar la experiencia vivida, tampoco podemos desarrollar la «sabiduría básica del vivir» que nos permite hacer de la vida de cada día un laboratorio de realismo, de serenidad, de paz y, consecuentemente, del gozo de haber nacido y del ser sujetos de la propia vida.

De vez en cuando es bueno girar los ojos hacia uno mismo y, sorprendiéndose viviendo ahora y aquí, preguntarse: ¿qué me parece esto de estar viviendo? Lo que hace falta para provocar esta toma de conciencia es algún pretexto que nos incite a salir de la pereza y de la rutina, y nos lleve a vivir al aire libre. Vamos tirando, hasta que un acontecimiento o un conjunto de acontecimientos nos llegan adentro tocándonos a fondo y, entonces, espontáneamente, sentimos la necesidad de integrar conscientemente en la experiencia vivida anteriormente la novedad que se acaba de producir en nuestro entorno.

Existe una experiencia que no quiero que pase por mi vida sin una elaboración que me permita extraer unas consecuencias de cara a la misma vida. Esta experiencia profunda ha sido la participación en el Concilio Tarraconense que se desarrolló en Sant Cugat del Vallès (Barcelona) y en Tarragona durante el año 1995. Después

del Concilio Ecuménico Vaticano II, a lo largo de los últimos 30 años, se han realizado muchos encuentros similares a todos los niveles. Son encuentros encaminados a activar la aplicación de las orientaciones conciliares. A manera de ejemplo, podemos recordar la Asamblea Conjunta de obispos y sacerdotes celebrada el año 1971, el congreso «Evangelización y hombre de hoy» realizado el año 1985, y los numerosos sínodos y asambleas diocesanas.

La finalidad del Concilio Tarraconense hay que situarla en esta misma línea de revisión, aplicación y puesta al día de la renovación postconciliar, a partir de los nuevos retos y de las nuevas necesidades de la Iglesia y la sociedad en un ámbito sociocultural concreto.

En este libro querría elaborar no tanto los contenidos, las anécdotas y las propuestas hechas, o bien la búsqueda de caminos de aplicación de las resoluciones conciliares, sino la misma experiencia vivida y la resonancia que produjo en mis esquemas internos. En el lenguaje actual podríamos decir que me interesa saber qué repercusiones vitales ha tenido esta experiencia antropológica y eclesial en el «disco duro» de mi ser interno.

A partir del concilio he hecho colaboraciones escritas, he dado charlas y cursillos, he participado en diferentes debates y he mantenido muchas conversaciones con grupos y personas concretas, tratando de explicar el acontecimiento conciliar y su mensaje humano y cristiano para la Iglesia y para la sociedad.

Me doy cuenta, sin embargo, que si uno no está atento, es muy fácil acabar reduciendo el concilio a unos documentos aprobados, a una dinámica comunitaria coyuntural, a unas luchas ideológicas de poder entre grupos de presión o, incluso, a unas anécdotas más o menos ocurrentes y de protagonismos personales irrelevantes.

Los documentos aprobados han sido, sin duda, muy importantes de cara al futuro. La dinámica vivida fue muy enriquecedora. No han faltado ni faltarán cronistas que hagan una relación de todo el proceso vivido y de los resultados del mismo proceso. Tampoco faltarán teólogos, catequistas y pastoralistas que diseñen unos caminos de aplicación de las resoluciones conciliares.

Este trabajo de relación y de aplicación de las resoluciones conciliares es muy importante. Las actas conciliares nos dejarán constancia objetiva y diferentes escritores nos ayudarán a extraer las consecuencias que se deriven a corto plazo, y más todavía, si miramos más allá.

Asimismo, creo necesario, simultáneamente, un esfuerzo para ir más allá e imaginar una nueva frontera para la acción eclesial y su servicio al mundo, a partir de los documentos aprobados y del proceso comunitario que lo ha conducido. Este esfuerzo nos puede permitir, aun siendo fieles al presente, mirar a un horizonte abierto al futuro, con libertad e imaginación creadora.

Esta mirada libre al futuro, desde la fidelidad al presente, es el objetivo de esta reflexión. Se trata de hacer una mirada prospectiva y de dejarse llevar con libertad por la intuición y por la imaginación. El concilio, pues, es el punto de partida de un ensayo de reflexión y de vivencia libre y abierta. Estas reflexiones, más que académicas quieren ser unas divagaciones espontáneas y hechas desde el fondo de uno mismo.

A lo largo de los capítulos querría contestar a unas preguntas que me planteo desde hace mucho tiempo y que, como resultado de la experiencia vivida, se han reactivado vivamente: ¿Hacia dónde ha de ir la Iglesia? ¿Cuál es la nueva frontera de cara al futuro? ¿Con qué lenguaje puede compartir su misión con la gente de nuestro tiempo? ¿Cómo podemos hacer experiencia real de esta renovación? ¿Cómo podemos contemplar y vivir el misterio de Dios?

El método para contestar a estas preguntas sentidas no quiere ser un tratado de tipo sistemático, sino una oferta de reflexiones humanas y religiosas en voz alta, es decir, desde la vida cotidiana y desde el evangelio, cerca del mundo, de las personas, de los problemas reales, de la nueva situación histórica y de las necesidades sentidas y reflexionadas por la gente.

Este diálogo interior en voz alta querría ser una conversación espontánea con mucha gente que busca el sentido de vivir la vida de cada día con sencillez, con autonomía personal, con una voluntad de permanecer fieles a la solidaridad y con una búsqueda consciente, o tal vez inconsciente, del Dios de la vida.

Muchos de estos pensamientos han ido brotando a lo largo de los años en las charlas que he podido mantener con gente muy diversa sobre los acontecimientos normales de cada día y el sentido de la vida, sobre la felicidad y el dolor, sobre la paz y los conflictos, sobre la persona individual y la sociedad, sobre el trabajo y la fiesta, sobre la razón y la afectividad, sobre la política y la fe, sobre el poder y la humildad, sobre la justicia y el amor, sobre la ética y la estética, sobre la enfermedad y la salud, sobre la vida y la muerte.

La experiencia conciliar ha desarrollado una función catalizadora de muchos elementos dispersos, y al mismo tiempo complementarios, de cara a divagar libremente por el interior de todas estas tensiones vitales y de estas paradojas de la vida cotidiana, real, humana.

Estas reflexiones han sido redactadas dos veces. La primera fue en el verano de 1995 durante mi estancia veraniega en Gran Bretaña. Redacté un ensayo de 160 hojas de ordenador contestando en diferentes capítulos a estas cuestiones.

Pero durante mi regreso de Inglaterra, antes de volver a casa, pasé por Madrid, donde di un cursillo de teología pastoral y fui objeto de un robo, en pleno día, en la parada del autobús 54 de la plaza de Colón, por parte de un grupo que me atracó. Como me lo quitaron todo, me quedé con las manos en los bolsillos y como si no hubiese hecho nada.

Después de un tiempo para recuperarme de este golpe bajo, he escrito una segunda redacción que, por un lado, ha perdido la originalidad y el frescor de la primera, que era más espontánea, pero que por otro conserva la fidelidad a aquellas reflexiones originales y, también, a la sinceridad personal.

Por esta razón, en esta segunda redacción y después de este capítulo introductorio, he añadido un capítulo nuevo — *La parábola del amigo*—, en el cual intentaré reflejar esta experiencia del robo que, por una parte, ha sido impresionante, pero, al mismo tiempo, ha resultado una experiencia reveladora de unas nuevas dimensiones de la experiencia del vivir cotidiano.

Lo que he aprendido es tan interesante que, unos meses después, doy por bien aprovechada la experiencia vivida, a pesar de que fue en sí misma negativa. Con ello no quiero dar a entender que todo el mundo deba padecer un robo similar. Es una experiencia que no deseo a nadie y que, como es fácil de imaginar, es algo muy doloroso. Lo único que quiero sugerir es que podemos llegar a convertir las dificultades en oportunidades. Esta reconversión no podrá ser realizada nunca en una situación humana estacionaria, sino en una situación límite.

Los títulos de los otros capítulos los mantendré tal y como los había diseñado en la primera redacción. Serán, pues, quince capítulos. Vienen a ser quince diapositivas que ponen de relieve una afirmación de fondo que las unifica y que da título al libro: *...Y les lavó los pies*. Este título hace referencia a la última lección pedagógica de

Jesús de Nazaret a sus discípulos, realizada durante la Última Cena, antes de ser entregado a la muerte en la cruz, cuando les lavó los pies.

Lavar los pies era la labor de los esclavos y de los sirvientes. Pero, en Jesús de Nazaret, el servicio gratuito de amor se convierte en el signo exterior de la plenitud interior humana.

Esta plenitud interior es:

— La toma de conciencia de que la persona humana es *única, irrepetible y autónoma*.

— El descubrimiento de que el objetivo último de toda la autonomía humana es *el aprendizaje del amor*.

— La sorpresa serena y gozosa de ir descubriendo que *donde hay amor, allí está Dios*.

Esta clave interpretativa del sentido de la existencia humana —vivir para llegar a ser autónomo, llegar a ser autónomo para ir aprendiendo a amar y amar para creer— ha sido la vivencia diaria básica del cristianismo a lo largo de los años que llevo viviendo.

Desde este eje vertebrador existencial —que reconozco como un verdadero don de Dios— afirmo gozoso que vale la pena vivir, y que vale la pena compartir la vida con los demás, sin distinción de personas.

La riqueza más profunda de la vida humana no está fuera de nosotros mismos, sino que está dentro de cada uno, y la potencia más grande de la persona humana es la capacidad de amar conscientemente.

La fe es el camino más sencillo para tomar conciencia de esta riqueza interior y de esta potencia de la persona humana.

La esperanza es el nexo de unión entre esta fe y el amor, es decir, es la pequeña fe y el pequeño amor de cada día, ya

que la verdadera fe se manifiesta en la esperanza y se realiza en el amor.

El creyente es una persona como las otras, pero que ha intuido esta manera de vivir en la esperanza y que va experimentando la serenidad que da el intento de vivir amando, a pesar de todas las contradicciones y carencias que tenemos todos los seres humanos en nuestro interior.

Esto no significa que el creyente sea más inteligente, ni mejor, ni más valeroso, ni más eficiente, ni más humanista que los otros. Frecuentemente, el creyente está lleno de limitaciones de todo tipo. La novedad del creyente es la toma de conciencia de que los seres humanos no estamos solos, sino que la vida humana, desde el punto de vista psicoafectivo está entrelazada en el fondo de uno mismo (autonomía), y desde el punto de vista psicosocial esta entrelazada con los otros (amor), porque está entrelazada con Dios (religión).

Cuando uno va construyendo esta experiencia básica de la fe no puede ocultarlo, porque este tesoro es patrimonio de toda la humanidad y todos tienen el derecho de acceder, si quieren. Es por esto que el que desarrolla esta experiencia de la fe la ha de compartir con los demás, sin hacer distinción de personas.

Si uno lo oculta está secuestrando el derecho de los demás, pero si uno habla banal y superficialmente, cae en el peligro de hacerlo mal. Por esto, y a pesar de todo, aunque sea con discreción o, incluso con miedo, vale la pena narrar aquello que uno ha encontrado como elemento clave de la vida.

En la primera parte —*Diálogo interior*— añadiremos a este capítulo introductorio y a la *Parábola del amigo* un tercer capítulo, que titularemos *Una experiencia de efectos retardados*, donde expondré la experiencia postconciliar. En el proceso postconciliar han ido menguando, e incluso

fundiéndose, los elementos coyunturales anecdóticos y secundarios y, por otro lado, han ido quedando subrayados aquellos elementos de fondo que dan consistencia a los trabajos conciliares y a su relación con la vida real. A cierta distancia podemos detectar las grandes cuestiones reales y vitales de cara al futuro.

En la segunda parte —*Persona única, irreplicable y autónoma*— reflexionaremos en torno a la dignidad de la persona humana. Esta reflexión tendrá cuatro capítulos.

En el capítulo cuarto, que titularemos *Mirar más lejos*, intentaremos salir de cualquier tipo de recinto cerrado, y eliminar muchas otras barreras artificiales que nos autoimponemos, que nos impiden la autoestima, la comunicación con la naturaleza y los demás y la relación espontánea con Dios. Éstas son las barreras que crean un distanciamiento y que no dejan vivir a las personas, ni a la sociedad, ni a la misma comunidad cristiana.

En el capítulo quinto, iremos a la búsqueda de aquel elemento clave que permite convertir las dificultades en oportunidades y en plataformas pedagógicas de crecimiento. Es el capítulo que ha dado nombre al libro: ...*Y les lavó los pies*. Esta expresión es el último mensaje pedagógico, vital y religioso de Jesús de Nazaret antes de su muerte.

El mundo moderno le está dando la razón. Solamente amar y sentirse amado hace feliz y devuelve el equilibrio. El amor es la auténtica utopía de toda la historia de la humanidad, que le permite mantener viva la esperanza de un final feliz que dé sentido al compromiso con el presente.

Desde aquí, al capítulo sexto, que titularemos *Viejo cristianismo*, buscaremos cuáles son las raíces evangélicas de toda la renovación antropológica y religiosa de la Iglesia de cara al futuro. Esta renovación se encauzó durante el Concilio Ecuménico Vaticano II, y continúa viva en todos los

esfuerzos de aplicación del concilio a las realidades eclesiales plurales de los cinco continentes. En esta línea renovadora postconciliar se deben situar los trabajos del Concilio Tarraconense.

Esta mirada a las raíces profundas nos introducirá en el descubrimiento de los mecanismos que se vuelven más corrosivos, o más potenciadores de la convivencia humana. Son los mecanismos de las luchas de poder. Nos preguntaremos también sobre aquellos otros mecanismos que pueden canalizar esta energía del poder de una manera positiva. Es el capítulo séptimo, que titularemos *Mecanismos de poder o un espacio para vivir*.

La tercera parte —*Una autonomía para amar*— intentará ensanchar la mirada y el horizonte del amor. Lo contemplaremos mediante tres diapositivas simbólicas y significativas del momento presente.

En el capítulo octavo, *La edad del espíritu*, intentaremos situar la experiencia espiritual en el contexto de la nueva situación histórica de nuestro mundo contemporáneo en este final de milenio, caracterizada por el encuentro entre las grandes religiones de la Tierra.

Si no se hace este esfuerzo de resituación espiritual de una manera periódica, es muy fácil acabar viviendo de frases hechas inútiles y de prejuicios bloqueadores. Se trata de crear un diálogo intercultural e interreligioso de carácter universal.

El capítulo noveno intentará ayudar a buscar el nuevo modelo antropológico para encontrar un camino correcto de cara a la superación de las paradojas que nos acompañan a lo largo de la vida, y que la dificultan o estimulan positivamente. Iremos, tal y como anuncia este capítulo, a la búsqueda de una nueva relación entre *cuerpo, afectividad y espiritualidad*. Es la estructura básica interna del amor.